

Conejo

Una semana después...

EL VIENTO CORRÍA A TODA PRISA a través de nuestro cabello mientras lo miraba de reojo apuntar la pistola.

—Hora del té —Apuntó la pistola hacia el parabrisas —Hora del té —anunció en un tono diferente. Negó, exasperado.

—¿Cariño? —cuestioné. Sus manos cayeron a sus rodillas, la pistola azul yaciendo en su regazo. Su labio inferior sobresalía. Estaba pintado de un rosa brillante, su lápiz de labios favorito a salvo en su bolsillo. El viento onduló su masa de hebras rosáceas, una diadema negra era la única cosa manteniéndolo un poco en su lugar. Llevaba un vestido azul limpio, sus calcetines hasta el muslo de rayas negras y blancas y sus botas hasta el tobillo pulidas. Hermoso.

—No he decidido qué decirle a la Oruga cuando lo encontremos. No puedo decidir cómo decir lo que quiero —Me miró y sus hombros se hundieron. Su dedo pasó sobre el grabado de su pistola —Quiero decir esto, “Hora del té”, antes de dispararle, porque está en mi pistola y creo que suena tan bien. Porque me encanta el té —Su rostro se nubló —Pero sólo el Earl Grey; nada más servirá —Mi pecho se apretó. Siempre había dicho eso cuando éramos niños y se enojaba mucho si alguien intentaba beber algo salvo Earl Grey, no importaba si intentaban servírselo. Si se atrevían a beber Darjeeling, se volvía completamente loco.

—Pruébalas conmigo —señalé, y su rostro se iluminó. Dolly se removió en su asiento y Apuntó la pistola a mi rostro. Sonreí con suficiencia.

—Hora del té —dijo —Hora del té —Después de haberme ofrecido cinco maneras diferentes de decirlo, preguntó —¿Bien?

—La número uno, cariño. Es perfecta.

—¡Sí! —gorjeó, victorioso, y se puso de frente en su asiento de nuevo —Hora del té —dijo, intentando verse amenazante. No hizo muy buen trabajo. Era demasiado jodidamente precioso para eso. Un ángel corrupto... corrompido por mí, agente del mismo diablo. La pareja perfecta. Dolly bajó su pistola justo cuando pasamos la señal amarilla. Al minuto en que entramos en los límites de la ciudad, sentí la sangre en mis venas calentarse y mi carne empezó a crisparse. El olor a hachís llenó mi nariz a pesar de que no había ninguno presente. Sólo la idea de que este hijo de puta me hizo olerle, escuchar su gruñido desde

detrás de mí. Eché un vistazo a Dolly, ahora acariciando el andrajoso cabello de la cabeza de su muñeca, cantando para sí. Me pregunté qué le hizo el gordo hijo de puta cuando me había ido. Podía oír aún sus palabras hacer eco en el tiempo de esa noche.

Los quiero juntos. Los quiero tener al mismo tiempo.

Para el tío GeunSuk, el gordo pedazo de mierda a quien le gustaba volar niños en pares, el género no era un problema. Bueno, el hijo de puta iba a conseguir su deseo.

Habíamos estado conduciendo por un tiempo para llegar a la casa oculta de la Oruga. La Oruga, llamado así en el País de las Maravillas por su amor al hachís... fumado en su valiosa cachimba. Dolly había entrenado duro esta semana pasada. Y fue un espectáculo. Acertó su marca con perfecta puntería, rajó a su objetivo con veneno en su corazón. Mortal perfección. Nunca había estado tan excitado que mirándolo luchar. No estaba seguro de cómo me contendría al verlo cometer verdadero asesinato. Especialmente el de este pedófilo hijo de puta y cualquier otro cabrón que lo protegiera —¿Cuánto falta, Conejo? —preguntó Dolly desde el asiento del pasajero. Vi nuestra salida justo delante y conduje por la discreta carretera de tierra.

—Muy poco —Metí la mano en el bolsillo de mi chaleco por mi reloj. Pasé mi pulgar sobre su parte frontal mientras seguíamos la carretera. Cuando vi la casa en la distancia, detuve el Mustang bajo la cubierta de los árboles y apagué el motor. Dolly se enderezó en su asiento, sus ojos brillantes, su respiración rápida.

—¿Es esto, Conejo? —Señaló el tejado de terracota por encima —¿Es esta la casa de la Oruga?

—Sí —confirmé con los dientes apretados. Podía sentir la necesidad de matar empezando a apoderarse de mí. Miré a Dolly. Observaba la casa. De nuevo, pensé en ese hijo de puta hiriéndolo. Pensé en cómo me hirió. Y realmente necesitaba que este cabrón muriera... con mucho dolor. Cerré los ojos y visualicé lo que había averiguado sobre “Tío GeunSuk” cuando los había buscado a todos en la casa de Seokjin.

—Todos están dispersados por Texas —había dicho Jin después de recibir la información del detective privado que había contratado. No era un investigador privado normal, me había informado. Sino uno que había trabajado para él durante años. En maneras no... muy legales. El tío GeunSuk había huido a Amarillo después de que el niño del que habían abusado empezara a hablar. La charla llegó a algunos oídos a los que los “tíos” y el señor Jeon no querían que llegara. Algún amigo policía corrupto había enterrado el alegato lo mejor que pudo. Pero huyeron, separándose, escondiéndose de esos que podrían descubrir la verdad e ir a buscar... Sin embargo, ninguno de los hijos de puta había detenido sus jodidas actividades extracurriculares. Tenían montones de dinero. Tenían muchos contactos con gustos similares. Todavía podían hacer lo que fuera y a quien fuera la mierda que quisieran. Hasta que escapé de la Torre de Agua y puse en movimiento mi plan de joder sus idílicas vidas. Mi pequeño Dolly y yo. Bombas de su pasado que nunca verían venir. Sus peores pesadillas hechas carne.

—¿Estás listo, cariño? —pregunté. Dolly asintió, sujetando su pistola azul con fuerza. Salí del auto y saqué mi bastón del maletero. Enderecé mi pañuelo de cuello, bajé las mangas

de mi camisa por mis brazos y me puse la chaqueta de mi traje. Abroché los botones y me giré para ver a Dolly observándome.

—Tan guapo —Reprimí un gruñido ante esas palabras saliendo de sus labios. Mientras caminaba hacia mí, no pude evitar admirar lo que llevaba. Perfección... hasta que vi esas cicatrices en sus brazos. Las que se había hecho a sí mismo, en su más profunda desesperación. Debido a esos imbéciles. Debido al imbécil dentro de esta puta casa de tejado de terracota.

—Toma tu cuchillo, cariño —dije y di un paso atrás del maletero. Dolly lo sacó de su cinturón. Agarró el mango y encontró mis ojos.

—Estoy listo —declaró y asintió para enfatizarlo. Era pequeño, pero en ese momento, era un jodido guerrero. El campeón del País de las Maravillas.

—Quédate a mi lado —dije mientras caminábamos. Pasamos entre los árboles. El reconocimiento sobre la Oruga mostró que había contratado ayuda. Guardaespaldas para protegerlo de cualquiera que pudiera querer buscar venganza por ser follado de niño. Le di la bienvenida a llevarle la muerte. A todos ellos. No me importaba a quién mataba, nunca me importó. Mientras caminábamos por la alta hierba, Dolly tarareó quedamente. Era su canción favorita y la tarareó como si no tuviera preocupación en el mundo. Lo miré y levantó la mirada, luego jodidamente sonrió. Sus labios rosa brillante destacaban contra su pálida piel y ojos castaños. Mi chico del País de las Maravillas a punto de empezar su aventura. Extendí mi brazo, deteniéndolo en seco cuando llegamos al borde de la línea de árboles. La casa estaba en silencio. Señalé a la puerta principal —Cruzamos la puerta —Sentí la familiar ráfaga de adrenalina ante la idea de quitar vidas.

—Cruzamos la puerta —repitió Dolly, asintiendo. Casi sonreí ante la mirada que se apoderó de su expresión... total y dura determinación. Aspiré un profundo aliento y me enderecé. Mirando a Dolly, tomé el reloj de mi bolsillo lo alcé a mi oreja y anuncié:

—Tic tac —Sus ojos brillaron. Levantó su arma y acarició en grabado del cañón.

—Hora del té —Mi polla se endureció y la necesidad de matar bombeó más fuerte a través de mí. El trío que siempre me excitaba: sangre y muerte y Dolly. Y mejor aún... Asesino Dolly. Saliendo de la cubierta de la hierba y los árboles, caminamos hacia la puerta principal, armas en mano. Exploré el área, esperando a que el primer guardia apareciera. Nadie vino cuando llegamos a la puerta. Silenciosamente probé el pomo, la puerta estaba cerrada. Sentí los ojos de Dolly en los míos, esperando instrucciones sobre qué hacer después. Di un paso atrás y cargué contra la puerta, pateando la cerradura. Se abrió de golpe. Me recobré rápidamente, preparado para irrumpir, cuando Dolly se interpuso en mi camino. Me miró sobre su hombro y dijo:

—Primero tu cachorro —Joder, este chico era todo. Dolly se apresuró hacia delante, el cuchillo a su costado y la pistola extendida en su mano derecha. Lo seguí de cerca, listo para defenderlo contra cualquiera que viniera a confrontarnos. Habíamos andando la mitad

del camino por el vestíbulo cuando escuché el sonido de tarimas crujiendo. Un guardia vestido todo de negro vino corriendo alrededor de la esquina. Levanté mi bastón, desenvainando el cuchillo de la pistola, y apunté para disparar. Pero antes de poder, Dolly cargó hacia delante, sus botas repiqueteando en el suelo de madera, la pistola en alto. Mi aliento se atoró en mi garganta cuando el guardia alzó su arma, pero antes de que incluso pudiera poner su dedo en el gatillo, Dolly chilló: —¡Hora del té! —Y envió una bala rugiendo a su pecho. El guardia cayó hacia atrás en el suelo. Sangre se vertió y sus ojos dejaron de parpadear.

Muerto

Uno menos.

Dolly se detuvo, echando un vistazo al cadáver. Un jadeo cayó de sus labios y giró su cabeza hacia mí. Su pecho jadeaba, su respiración era rápida —¡Lo hice! —Una sola carcajada —¡Conejo! ¡Maté uno! ¡Maté a uno de los malos!

—Claro que sí, cariño —Su espalda se enderezó con orgullo. Luego sus ojos se oscurecieron, las pupilas dilatándose.

—Quiero más —exigió y miró alrededor —Quiero más sangre —Salió corriendo; lo seguí. Dolly tomó las escaleras. Segundos después, otro guardia bajó corriendo las escaleras, disparando primero. Su bala acertó detrás de Dolly, rompiendo el yeso de la pared pintada de rojo de la escalera. Dolly disparó en respuesta, de nuevo gritando —¡Hora del té! —Su bala dio en la pierna del guardia pero lo vi levantar su arma... apuntando a la cabeza de mi chico. Apreté el gatillo de mi cabeza de Conejo antes de que siquiera tuviera la oportunidad de verme detrás de él. Mi bala atravesó su frente, matándolo. Su cuerpo cayó sobre las escaleras. Dolly corrió hacia su flácido cadáver y se giró para mirarme. Sus manos llenas se colocaron en sus caderas y su labio inferior sobresalió en un puchero —¡Conejo! —reprendió —¡Quería matarlo! —Luché contra una sonrisa.

—Mis disculpas, cariño —Resopló cuando me detuve ante él —Puedes ocuparte del próximo. Lo prometo —Dolly pateó el cadáver, pero al final dejó caer sus brazos y me miró con molestia.

—Bien —Dio un paso más cerca. Una salpicadura de sangre había manchado el cuello de su vestido. Nunca había estado tan excitado en toda mi puta vida. Presionó la punta de su cuchillo contra mi pecho —Y quiero a la Oruga también. Tacha eso —Ahora estaba más excitado que nunca. Esa jodidamente mandona y exigente voz... Me incliné, el cuchillo presionándose más profundo contra mi pecho.

—Como mi omega desee.

—¡Bien! —cantó, toda su molestia olvidada —Ahora —dijo, subiendo deprisa los siguientes dos escalones —¿Quién es el siguiente? —Sabía que quedaba un guardia más de turno. Y estaría protegiendo a la Oruga. La barrera final a la razón por la que estábamos aquí. Buscamos a la izquierda y derecha, pero no encontramos ninguno. Hasta que hallamos una escalera trasera.

—Aquí —dije. Dolly de inmediato me empujó para pasar. Corrí por las escaleras detrás de él. Apenas había llegado a la parte superior cuando una bala se disparó. Mi corazón se detuvo, necesitando que no le hubiera dado a Dolly, cuando de repente lo oí chasquear la lengua y lo vi clavar su cuchillo en el pecho del guardia. Mientras se derrumbaba contra la pared, lentamente deslizándose, su sangre manchando la pintura blanca, Dolly sacó su cuchillo de la herida.

—¡Chico traviesos! —Dejó la sangre que goteaba de la hoja con filigranas y miró la puerta. Me uní a él. Sabía lo que olía: yo también lo olía. Hachís —La Oruga —dijo Dolly en voz baja.

—La Oruga —repetí —Llegaré a él primero —Dolly se giró para discutir, pero levanté la mano, deteniendo su entrecortada respiración —Voy a asegurarlo para que no pueda moverse —Me agaché y toqué la sangre húmeda en su cuchillo, arriba y abajo, arriba y abajo... acariciándolo. Sus mejillas se sonrojaron cuando mis dedos casi tocaron los suyos. Llevé mi dedo a la boca y chupé la sangre. Mis dientes corrieron por mi labio inferior y cerré los ojos. Cuando los abrí nuevamente, Dolly me miraba con evidente hambre en su mirada. Me agaché, colocando mi boca en su oreja, y dije —Luego es todo tuyo —Dolly gimió, haciendo que mi ya duro pene se retorciera. Golpeé mi hombro contra la puerta. La madera cedió, y no perdí tiempo en entrar precipitadamente. Seguí el aroma del tabaco, dejándolo guiarme a un gran escritorio. Una pistola sonó desde algún lugar detrás de él, pero el objetivo era lamentable y carecía de precisión. Miré hacia abajo... y allí estaba él. Una niebla roja descendió. El cuerpo gordo de la Oruga temblaba en un rincón, su cachimba a su lado. Su cabeza estaba baja y sus ojos estaban cerrados... hasta que se abrieron y cayeron directamente sobre mí. Lo dejé mirar, lo dejé asumir exactamente quién estaba delante de él. Esperé... tic tac... esperé... tic... tac... esperé... tic... hasta...

—Jimin... —Sacudió la cabeza con incredulidad, la papada bamboleando. Sus labios se apartaron de sus manchados dientes amarillos —Imposible... estabas encerrado —Me agaché y pateé la pistola que había dejado caer después de su pobre disparo.

—Ese es el problema con una prisión llena de asesinos psicópatas —Desenvainé mi bastón y puse la espada afilada cerniéndose en su garganta —Podemos manipular una fuga y matar a los que estúpidamente nos mantuvieron cautivos —Él palideció.

—Él... él... sabrá que saliste. Lo sabrá —Incliné la cabeza, sin romper su aterrorizada mirada.

—Estoy contando con eso.

—¿Conejo? —La voz de Dolly llamó desde la puerta —¿Ya lo tienes? —El rostro de la Oruga palideció aún más —Estoy aburrido. ¡Quiero divertirme un poco!

—Voy cariño —Sonreí mientras la Oruga me miraba fijamente —Mi Dolly se unió a mí. Lo recuerdas, ¿verdad? —Mi rostro se endureció —Ponte de pie —La Oruga sacudió su

cabeza. Empujé la punta de mi espada en su hombro. Gritó y sonreí —No estaba pidiéndolo. Estaba exigiéndole —Oruga gritó de dolor, pero se puso en pie de un salto. Usando la cuchilla en su hombro como correa, lo guie por detrás del escritorio, pateando la silla de la oficina con ruedas detrás de él. Empujé con más fuerza la espada y se sentó. Metí la mano en el bolsillo por la cinta adhesiva y comencé a asegurarlo a la silla. Cuando terminé, vi un destello azul en la puerta.

—Conejo... ¡Dije que estoy aburrido! —La Oruga giró su cabeza hacia la puerta.

—Jungkook —murmuró, y los ojitos brillantes de Dolly se precipitaron a los suyos. Su labio se encrespó con furia cuando la Oruga pronunció ese nombre, levantó la cuchilla empapada de sangre y fue al lugar donde estaba sentado el viejo, con la cabeza baja y su expresión como un trueno. Cortó su mejilla con el lado plano de la cuchilla. La sangre le pintó la cara, no sangre suya, sino la del guardia.

—¡No te atrevas a decir su nombre! —susurró. La Oruga se volvió a mirarlo con las cejas fruncidas.

—¿Su nombre...? —Me miró. Como si pudiera ayudarlo a aclarar las cosas. Mal.

—Sí. Su nombre —Dolly entrecerró los ojos y se movió directamente frente a él. Trazó su sudorosa mejilla con el cañón de su arma —Lo tocaste cuando se suponía que no debías hacerlo —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua —Él no quería que lo hicieras —La Oruga tragó, y Dolly retrocedió. Lo estudió, atado a la silla, con cinta adhesiva alrededor de su cintura. Su cabeza se inclinó de un lado a otro.

—¿Cariño? —pregunté. Dolly dejó escapar un suspiro y se volvió hacia mí, con los hombros hundidos —¿Qué pasa? —Me desabotoné la chaqueta y me la quité de los hombros. Me arremangué las mangas y comprobé la hora en mi reloj de bolsillo. Nos quedaba mucho hasta el siguiente turno de guardia.

—¿Es hora de irnos? —Sacudí la cabeza.

—No. Tenemos un montón de tiempo —Sus hombros se hundieron nuevamente.

—Está destrozado —dijo la Oruga. Dolly y yo nos dimos la vuelta para mirarlo —El reloj. Está roto. Estaba descompuesto entonces y ahora está roto. ¡Estás jodidamente loco! Siempre lo estuviste —Él sacudió su cabeza —¿Y por qué está hablando con acento inglés? ¡Jeon es de Dallas! —Miré mi reloj y vi que las manecillas se movían. Dolly también lo hizo. Se encogió de hombros y golpeó su cabeza con el cañón de su arma.

—¡Está loco! Funciona bien —Ignorando su boca inteligente, volví a preguntar:

—¿Qué sucede? —Dolly pateó la punta de su bota sobre el suelo de madera. Suspiró.

—Pensé que sabría qué hacer al llegar aquí —Levantó sus ojos para encontrar los míos —Pero ahora que estoy aquí, tengo mucho de donde elegir. Tengo todas estas formas de matarlo, ¡y simplemente no puedo elegir una! —Comenzó a caminar —¿Lo apuñalo? ¿Le disparo? ¿Ambos? —Sus manos, sosteniendo sus armas, se levantaron con frustración —¿Lo hago rápido o lentamente? —Se detuvo, y su rostro se veía bellamente triste —Practiqué diciendo “Hora del té” tanto que nunca pensé esto bien —Su labio inferior sobresalió y sus ojitos se ampliaron —Debería haberlo hecho. No quiero arruinarlo.

—Nunca podrías —dije. El sonido de la silla moviéndose en el suelo hizo que Dolly se girara. Oruga se movió un poco pero justo cuando estaba a punto de aconsejar a Dolly de nuevo, su cabeza se movió y jadeó excitado. Corrió por la habitación y se detuvo frente a un viejo tocadiscos.

—¡Qué bonito! —declaró con asombro. Poniendo su arma en la mesa, movió la aguja y el disco cobró vida con un crujido. Dolly chilló cuando el primer compás del disco sonó —“My Boy Lollipop” —gritó y comenzó a cantar. Tomando la cabeza de su muñeca, que había atado a su cinturón por el cabello, bailaba alrededor de la habitación con la espada en la otra mano. Sonreí mientras bailaba con su muñeca, Alicia, cantando cada palabra. Cuando la canción terminó, Dolly corrió al tocadiscos y la tocó nuevamente.

—¡Estás jodidamente loco! —dijo la Oruga mientras Kook bailaba junto a él. Dolly se detuvo y se giró para mirarlo. Aguanté la respiración, esperando su reacción, preparado para ver cómo desataba la belleza de su ira. En cambio, se quedó en pie y le dijo:

—¿No lo sabías? ¡Todas las mejores personas lo están! —La Oruga sacudió la cabeza, pero sus palabras habían bastado para que Dolly dejara de bailar y se concentrara en la tarea que tenía entre manos. Estudió su figura atada como si fuera un rompecabezas que estuviera tratando de resolver. Pude oírlo murmurando para sí mismo —Podría empujar la espada a través de su corazón. O podría apuñalarle las piernas una a la vez, luego los brazos y el pecho. O podría apuñalarle el cráneo... no, podría golpear demasiado hueso... —Caminé hacia el tocadiscos, colocando la aguja justo para repetir la canción una y otra vez. Cuando giré, vi que una de las manos de la Oruga se había liberado de las restricciones. Antes de que pudiera actuar, levantó su mano en un rápido movimiento y abofeteó el rostro de Dolly. En cuestión de segundos había levantado mi bastón, listo para apuñalarlo en la parte posterior del cuello, cuando Dolly se dio vuelta, con su lápiz de labios en la mejilla por la bofetada. Hice una pausa y vi algo nuevo en su expresión. Pura rabia. Oscuridad.

Crueldad.

Intención asesina

Dolly tocó su mejilla. Se encontró con mis ojos cuando agarré el brazo de la Oruga y lo volví a atar. Sus ojos miraron hacia un lado... donde se encontró mirando hacia atrás. Dolly se acercó al espejo colgado en la pared e inspeccionó su reflejo. Se volvió hacia mí y soltó: —¡Manchó mi boquita! —Las emociones de Dolly parecieron hervir, la ira provocó que su cuerpo temblara y su piel ardiera roja. Agarrando la espada con más fuerza, acometió contra la Oruga y lo apuñaló en el hombro. Gritó mientras lo hacía, perforándolo una y otra vez en nuevos lugares: sus hombros, sus muslos... su estómago. Retrocedió, sin aliento,

con los ojos ardiendo de placer. Fue entonces cuando me di cuenta de qué habitaba dentro de mi Dolly aparte de la inocencia y la luz. La oscuridad también moraba en él. Una presencia malévola que acecha en las sombras, esperando su oportunidad de alimentarse. Mi Dolly siniestro y cruel. Sediento por matar. Respiré profundamente. Era mi muñeco viviente y respirando. Llevaba el rostro del ángel más puro, enmascarando el mal que vivía en su interior. La perfecta contraparte de mi jodida alma. La Oruga comenzó a ahogarse con su sangre. Los ojos de Dolly nunca vacilaron de los suyos mientras lo veía tratar de luchar contra su inevitable muerte. Balbució, tosió y luego siseó:

—Estás enfermo —Tos, chisporroteo, escupitajo —Son solo un par de Malditos Enfermos  
—Dolly se detuvo y luego me miró.

—Malditos enfermos... ¡Somos solo un par de Malditos enfermos! —Luego se movió, rodeando a la Oruga, bailando en círculos a su alrededor mientras se alejaba arrastrando los pies de esta espiral mortal —¡Malditos enfermos, Malditos enfermos, nosotros somos los Malditos enfermos! —Caminé para pararme detrás del viejo y Dolly también me rodeó. Mientras sonreía, observando a la criatura más hermosa que había sido capaz de adornar esta tierra, sonreía, bailaba y reía enseñando sus dientitos y las arrugas en sus ojitos brillosos de manera tan libre, que me incliné y susurré en el oído del hijo de puta abusador:

—Dijiste, hace años, que no te importaba lo que tuvieras que pagarnos —Empujé mi propia espada en su columna, cortando su habilidad para caminar. No es que sobreviviera para caminar de todos modos —Nos tuviste a los dos... —Inhalé profundamente por mis dientes mientras veía a Dolly cantando a lo largo de la canción, girando la cabeza de la muñeca en sus manos empapadas de sangre, decolorando las delgadas hebras amarillas de lo que quedaba de su cabello —Espero que haya sido todo lo que ansiaste —Él emitió sus últimos suspiros. Su cabeza cayó hacia adelante, y supe que se había ido. Solo sentí satisfacción. Me quedé de pie. Dolly dejó de bailar. Sus ojos se iluminaron.

—¿Se murió? ¿Lo vencí? —preguntó, conteniendo la respiración.

—Seguro que lo hiciste, cariño —Me moví hacia donde estaba parado. Su lápiz labial todavía estaba extendido sobre su mejilla por la bofetada de la Oruga. Entrecerré los ojos  
—Te hizo daño —Dolly se llevó la mano a la mejilla. Su cara se nubló de ira.

—No. Pero manchó mi mejilla —Sacó su humectante labial del bolsillo y se acercó al espejo. Se limpió el labial manchado y se lo volvió a poner en los labios —¿Conejo? ¿Qué es un jodido enfermo? —Vi la confusión en su rostro.

—Personas que matan a hombres malos —dije, recogiendo mi chaqueta —Gente como nosotros.

—Malditos enfermos —repitió. Miró hacia su lápiz labial, luego levantó la cabeza nuevamente con un destello en sus ojos. Giró la barra de labios, corrió hacia la pared y comenzó a escribir. Lo miré, conteniendo la respiración, mientras su mano sin educación intentaba escribir... trató de deletrear. La barra de labios rosada estaba firmemente contra la



pared blanca. Cuando terminó, exhalé y una sonrisa se dibujó en mis labios —¡Ves! —Saltó hacia atrás para admirar su trabajo —¡Malditos enfermos! —Miró con orgullo la pared, pero cuando se volvió hacia mí, vi preocupación, incluso aprensión, en su rostro —¿Es correcto, Conejo? ¿Lo deletreé bien? —Se mordió el labio inferior con sus dientes. Eché un vistazo por encima de su cabeza y leí su desordenada escritura. Ninguna educación excepto la que yo le había enseñado. Negligencia educativa, privado de su absoluto derecho a aprender por ese hijo de puta de su padre y de sus amigos depredadores. Sin embargo, seguía siendo la estrella más brillante de mi cielo.

Leí su escritura, la palabra mal escrita brillaba como un faro...

MALDITOS ENFERMOS —¿Está bien, Conejo? ¿Lo hice bien? —Su voz era débil y nerviosa. Caminé hacia donde estaba con la cabeza inclinada y los ojos cautelosos.

—Lo hiciste perfecto, cariño. “Malditos enfermos”. Somos nosotros, escritos con tu barra de labios— Dolly miró su lápiz labial, ahora completamente arruinado, y gimió. Apreté y solté mi puño hasta que mi dedo encontró su camino, encontró su fuerza, para tocar su barbilla. Dolly jadeó con el contacto y levantó sus enormes ojos castaños —Te conseguiremos otro. Te conseguiremos todo el maldito humectante que necesites.

—¿Ahora? —preguntó, pareciendo olvidar que lo estaba tocando.

—Ahora —Dolly se lanzó por la habitación buscando su arma. Me dirigí a la salida. Pero Dolly se detuvo y giró para mirar el cadáver de la Oruga. Puso sus armas en el suelo y corrió a su silla. Empujando el respaldo, lo hizo rodar hacia la pared donde había escrito “Malditos enfermos”. Lo colocó directamente debajo. Dio un paso atrás para admirar su trabajo.

—Ahora todos los hombres malos sabrán quién lo destruyó —Sonrió, y lo que vi fue malicia a través de la belleza —Y sabrán que iremos por ellos también. Los Malditos enfermos del País de las Maravillas —Dolly recogió sus armas y salió corriendo de la puerta con la pistola, la espada y la cabeza de la muñeca en la mano. Eché un vistazo a la habitación, a lo que mi chico había logrado, y sentí que el agujero negro en mi pecho comenzaba a llenarse. Lleno con tinta negro alquitrán que solo Dolly podía aportar. Lleno con la confirmación de que nos conocimos cuando niños por alguna razón. Que él había sido diseñado solo para mí. Tan malvado como yo, y todo mío para controlar. Yo todo suyo para usar.

Mi Dolly.

Mi precioso destino.

Mi compañero jodidamente enfermo.

Saqué el paquete de cartas de mi bolsillo y las abaniqué en mi mano. Cuando encontré la que quería, caminé hacia el cuerpo, hipnotizado por la expresión de muerte en su rostro, y sostuve la carta en alto. Estudié la imagen de mi dibujo y la cara de ese imbécil, la que estaba grabada en mi mente tan seguro como si una cuchilla hubiera cortado mi cerebro. Los dos eran similares, pero nada podía acercarse a la cara real de este idiota: un hombre con un anhelo insaciable de tocar y follar a niños. Me aclaré la garganta y escupí a la mejilla ensangrentada de la Oruga, observando cómo se fundía con la sangre recién derramada. Chasqueando los dedos, envié la carta a caer a su pecho. Sonreí triunfante ante la muerte.

Los Tres de Corazones estaban muertos.